

Para la instruccion de las niñas, algunas ancianas que tenian este encargo, las recojian por barrios, y las llevaban á los cementerios de las iglesias, en donde formando corrillos, distribuidos segun el adelanto que las discípulas tenian, salian de las escuelas de hombres los muchachos mas aprovechados para darles leccion, hasta que hubo entre ellas algunas bastante instruidas para enseñar á las otras, habiendo establecido los misioneros este sistema de enseñanza mútua, tres siglos ántes que Lancaster y Bell existiesen, logrando por su medio la ventaja de multiplicar los preceptores sacándolos de entre los mismos discípulos, y propagar la enseñanza en poco tiempo entre un gran número de personas. Algunos años despues, la Emperatriz Doña Isabel por los informes del Sr. Zumárraga, hizo venir de España algunas mugeres piadosas, que repartidas en las poblaciones, formaron en ellas casas competentes, en donde se recojian en gran número las hijas de los caciques y nobles de los pueblos: y en estas, al cuidado de aquellas matronas y bajo la inspeccion de los misioneros, se instruian no solo en la religion sino en todas las labores de su sexo, y habiendo aprendido á bordar hacian casullas, frontales y demas paramentos para las iglesias. Ocupadas en estas clausuras en todos los ejercicios de la vida monástica, conservaban estas prácticas aun cuando salian para casarse, y especialmente en Huejocingo quedó por largo tiempo la costumbre, de concurrir estas jóvenes todos los dias á una ermita dedicada á la Santísima Virgen, en donde

cantaban el oficio parvo, teniendo sus hebdomadarias y cantoras, que observaban todo el ceremonial de una comunidad de monjas.

Los misioneros no se limitaron á enseñar á los indios los principios de la religion: instruyéronlos tambien en todas las artes y oficios mas necesarios en la sociedad, y esta es la parte en que mas brilló el celo de Fr. Pedro de Gante. El seminario ó primera escuela para esta enseñanza fué la capilla de San José, que era la parroquia que comprendia toda la poblacion india de la capital: mas adelante se desmembró de ella el barrio de San Pablo, cuya administracion se puso á cargo de los agustinos; el de San Sebastian que se encargó á los carmelitas, cuyo primer convento fué aquella parroquia; y el de Santa María, habiéndose fundado allí convento de franciscanos: con lo que San José quedó solo con el barrio de San Juan. Esta iglesia de San José fué por mucho tiempo la mas frecuentada y capaz de la capital, y por esto se celebraban en ella las funciones mas solemnes, como fueron las honras del emperador Cárlos V^o y otras de igual suntuosidad. En las inmediaciones de esta iglesia habia formado el padre Gante algunos aposentos y piezas que servian de talleres, donde aprendian los indios los oficios de sastres, zapateros, carpinteros, herreros, pintores y otros, y el padre Torquemada testifica haber visto todavía en su tiempo las cajas en donde estaban los vasos de los colores de los pintores, que fueron los primeros que se ejercitaron en esta arte.

Muy ingeniosos fueron los artificios de que se valieron los aprendices indios para sorprender los secretos de los artesanos españoles, que pretendian ocultar los procedimientos que usaban para que no se hiciesen comunes, y con esto quedasen ellos privados de las grandes utilidades que sacaban, teniendo el ejercicio exclusivo de aquellas artes. En poco tiempo los indios vinieron á ser muy aventajados en todas, habiéndose perfeccionado en las que conocian ántes de la conquista y aprendido las que en aquel tiempo ignoraban. En el bordado tuvieron por maestro á un lego franciscano, italiano de nacimiento, llamado Fr. Daniel, y como la música era cosa muy esencial para los misioneros, pues que con ella habian de proveerse de cantores para sus coros, se dedicó á enseñárselas Fr. Juan Caro. Lo primero que aprendieron fué la misa de Nuestra Señora, que comienza *Salve Sancta Parens*, y en breve fueron tan rápidos los progresos, que no hubo convento ni aun aldea que no tuviese su orquesta vocal é instrumental, habiéndoles enseñado tambien á construir toda clase de instrumentos de viento y cuerda.

Los misioneros tuvieron ocasion de ejercitar á los indios en la cantería y albañilería en la construccion de los conventos é iglesias, que se hacian bajo la direccion de los mismos misioneros, algunos de los cuales dieron pruebas de gusto y conocimientos no comunes en la arquitectura. Dejo para otra disertacion el tratar del género de construir que entónces se introdujo y de las variaciones que en él ha habi-

do desde el estilo gótico y del tiempo de la restauracion que presentan los edificios del siglo de la conquista, hasta el bárbaro gusto que hoy domina en algunos altares que se llaman á la moda, que sin carácter ninguno determinado, dislocando y corrompiendo todos los miembros de la arquitectura greco-romana, amontonando colores y ornatos impropios, va degenerando en los despropósitos del famoso Churriguera. Entre los edificios del tiempo de la conquista hay algunos muy notables por su solidez, ligereza y elegancia: de los que he visto pueden citarse como modelos las parroquias de Tepeaca y de Tula, que ambas fueron de franciscanos, y hay otras muchas muy dignas de atencion. Todo esto lo aprendieron á ejecutar los indios luego que se adestraron en el uso de los útiles traídos por los españoles. „Hacen y labran, dice Torquemada, arcos redondos, escarzanos, y terciados, y portadas y ventanas de mucha obra, y cuantas cosas de cantería han visto, y ellos son los que lo labran todo: en esta ciudad han hecho mucha y muy buena cantería, y la obra de esta iglesia de Santiago, que es una de las mejores del reino y de las buenas de España, la han trabajado los indios, sin mas industria ni mas maestro que yo, que he sido el que la he trazado y ellos puéstolo en ejecucion con sus manos, así en la mampostería como en la cantería. Lo que ellos no habian alcanzado y tuvieron en mucho cuando lo vieron, fué hacer bóvedas, y cuando se hizo la primera, que fué la capilla mayor de la iglesia vieja de San Francisco de esta ciudad de Méjico, por ma-

no de un cantero de Castilla, maravilláronse mucho, y no podían creer sino que al quitar los andamios se había de caer, y ninguno osaba andar por abajo, mas viendo que quedaba firme la bóveda, luego perdieron el miedo." En seguida aprendieron también este género de construir, y Torquemada dice, que ellos hicieron las bóvedas de varias iglesias que cita, y entre otras las de la misma iglesia de Santiago: monumento digno de veneración por los recuerdos que presenta de tantos sucesos y de tantas personas, cuyos nombres se hallan en tan grande conexión con la historia de aquellos tiempos.

A algunos que hoy pretenden que las artes se formen por sí mismas, y que donde no las hay actualmente no las debe tampoco haber, parecerá acaso impertinente este empeño en hacer artesanos á los indios, y en pretender se produjese en nuestro país todo lo que había en España. En efecto, nada había y todo se podía hacer venir de Europa, teniendo los metales preciosos con que pagarlo, los cuales era tanto más fácil recojer entónces, cuanto que esto se hacía á poca costa, estando las minas someras y trabajando en ellas sin pagar los indios, los cuales por otra parte se pretendía que eran incapaces de toda ocupación que requiriese inteligencia, porque se negaba que la tuviesen. Sin embargo, aquellos hombres apostólicos, sin detenerse por teorías solo adaptables á circunstancias determinadas, y persuadidos que una planta necesita para su arraigo y crecimiento de otros cuidados diferentes que los que demanda cuando ha

llegado á todo el vigor de su vegetación, encontrando en el país elementos para todo, y en los naturales de él un ingenio muy feliz para imitar cuanto veían, se aplicaron á enseñarlo todo, y á este su empeño se debió la prosperidad y riqueza que la Nueva-España tuvo, y nosotros las comodidades que disfrutamos.

Una de las obras de arquitectura más admirables de los misioneros fué la que ejecutó Fr. Francisco de Tembleque. Residiendo en el convento de Otumba, y notando la escasez de agua potable que había en aquella comarca, emprendió traerla de unas fuentes que están á quince leguas de distancia. Muchas fueron las contradicciones y dificultades que tuvo que superar en diez y siete años que duró la obra, pero todo lo venció su afán y su constancia, dejando concluido al cabo de tan largo tiempo, un acueducto de targa de calicanto de la extensión que se ha dicho, que pasa por tres puentes; la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece, y la tercera que es la más notable y que se vé en el camino de Otumba, cerca del famoso campo de la batalla de aquel nombre, de sesenta y siete, en una extensión de 1059 varas y una tercia, teniendo el arco de enmedio 128 piés de altura que son 42 varas y $\frac{2}{3}$, y de ancho setenta piés ó 23 varas, por el cual podría pasar un navío de guerra con todas sus velas tendidas: obra construida con tal solidez, que después de tantos años y con tantos y tan recios temblores como en ellos ha habido, no ha padecido detrimento

y existe causando admiracion á cuantos la ven (1).

El principal instrumento de esta enseñanza artística de los indios fué como se ha dicho Fr. Pedro de Gante. Pretendíase que procedia de un origen muy ilustre (2), confirmándose este concepto por el aprecio que de él hizo el emperador Carlos V^o, quien por diversas veces le mandó la bula de dispensa para que se ordenase de sacerdote y le ofreció el arzobispado de Méjico, cuando quedó vacante por el fallecimiento del Sr. Zumárraga; todo lo cual rehusó, prefiriendo ocuparse de la instruccion de los indios en la humilde clase de lego de San Francisco. En esto empleó toda su vida, lo que le grangeó tal amor é influjo entre aquellos, que el Sr. Montufar solia decir „yo no soy arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante:” y así fué que regresando de Tlaxcala, á donde estuvo por algun tiempo, le salieron á recibir por la laguna con una gran flota de canoas, y le condujeron hasta su convento con muchas danzas y regocijos. A su muerte, en el año de 1572, siendo de mas de 80 años, lo sintieron y lloraron como su padre: vistiéron-

(1) Este padre Tembleque construyó para su habitacion, mientras la obra se hacia, una casa muy pequeña junto á la arqueria, y para su sustento tenia un gato pardo que salia á cazar y le traia cada dia los conejos ó codornices que necesitaba. Esto que parece cuento, afirma Torquemada que es „purísima verdad,” y que lo vieron muchos religiosos y otras personas.

(2) Algunos autores han querido decir que era hijo natural de Carlos V, lo cual es imposible, pues el padre

Gante pasó á Méjico en 1523, y Carlos V nació el 24 de Febrero de 1500, dia de S. Matías; por cuya circunstancia cuando lo supo su abuela la reina Doña Isabel, tan versada en la escritura, anunciando que en él recaería su corona, cuya sucesion habia fallado en su hijo y otro nieto muertos en edad temprana, exclamó: „Et cecidit sors super Matthiam” que son las palabras con que refiere S. Lucas, en los hechos de los apóstoles, la eleccion de S. Matías al apostolado.

se de luto y despues de celebrar solemnes exéquias en San Francisco, se las hicieron en particular en todos los pueblos de la comarca, y habiendo pedido su cadáver, lo trasladaron con nueva solemnidad á la capilla de San José donde fué sepultado, siendo tantas las ofrendas que hicieron con esta ocasion, que quedó el convento provisto por algunos meses. La memoria de este venerable varon se conservó por mucho tiempo tan viva entre los indios, que Torquemada refiere que algunos años despues de muerto, una india rica que daba anualmente seis hábitos de limosna á los religiosos que estaban en San José, designando á quienes los destinaba, nombró entre ellos á Fr. Pedro de Gante, y observándole el guardian que habia fallecido, replicó: „yo lo doy á Fr. Pedro de Gante, dalo tú á quien quieras.” El retrato del padre de las artes en Méjico, no podia dejar de tener lugar en estas Disertaciones: he puesto una cópia del que se halla en el convento de San Francisco, en el que se vé la mitra que el padre Gante rehusó, prefiriendo á ella continuar siendo el maestro de los indios.

Admira la rapidez con que se fueron levantando iglesias y conventos por todas partes, facilitándolo todo el amor y veneracion que los indios profesaban á los misioneros, viéndolos andar á pié y descalzos, con solo unos cacles de pita de maguey, y esto no en pequeñas jornadas, sino en largos viages como el que el padre Motolinia hizo á Guatemala y mas adelante hasta Nicaragua, vestidos con hábitos de grueso sayal cortos y rotos, durmiendo sobre una estera, con un

palo ó un manojo de yerbas secas por cabecera, reducida su comida á tortillas y chile con las pocas frutas que entónces habia, lo cual pedian de limosna en las plazas y mercados, pues en muchos conventos no se encendia fuego en la cocina. Si en otro lugar hemos tenido ocasion de reconocer en los conquistadores una raza extraordinaria de hombres, que parecian formados á propósito para resistir los increíbles trabajos y privaciones que tuvieron que sufrir en tantas y tan largas expediciones, preciso es confesar que los primeros misioneros no son menos admirables, y que los indios tenian justo motivo para tenerlos por seres sobrehumanos, que mas bien pertenecian al cielo que á la tierra, destinados por la Providencia á aliviar los males que los conquistadores les habian causado.

Esta pobreza de los misioneros era un estímulo poderoso para que se les hiciesen abundantes limosnas, y lo fueron tanto en los primeros tiempos, que con ellas y con el servicio personal, muy voluntario y empeñoso de los indios, se levantaron casi todas las parroquias de los pueblos, que todas fueron conventos y las muchas ermitas que se edificaron en diversos lugares y se proveyeron de ornamentos y vasos sagrados, manteniéndose las comunidades durante cuarenta años, sin que los franciscanos quisiesen recibir en este periodo, la limosna que por disposiciones reales se hacia, por cuenta del erario, á las órdenes religiosas que se ocupaban en la instruccion de los indios. Las comunidades en aquel tiempo eran muy

numerosas, pues vemos que en San Francisco de Cholula habia de ordinario 30 frailes, y con lo que sobraba de las limosnas recojidas en aquella ciudad, se mantenia el convento de Puebla donde habia otros tantos. En el grande de Méjico habia comunmente de 80 á 100 frailes, sin comprender los huéspedes, y hemos visto tratando del entierro de D. Fernando y D. Pedro Cortes, que un siglo despues de la conquista, se reunieron para aquella solemnidad trescientos franciscanos, de solo los conventos de la capital y sus inmediaciones. Para formar una idea de lo cuantioso de estas limosnas, basta citar algunos egemplares de los muchos que se hallan en Torquemada y en otros escritores de aquel tiempo. La iglesia de Santiago tuvo de costo mas de 90 mil pesos, habiendo trabajado en ella de valde, dice el citado historiador, „así los canteros y albañiles, como peones y otras gentes que han sido necesarias para la obra, con tanta voluntad y alegría, como si edificaran casas para sí y sus hijos: y al punto que estoy escribiendo esto, continua el mismo, está en mi presencia un indio, que viene de parte de una pobre india ciega, que hace de limosna diez pesos, y envia á decir que se holgara de ver ó ser moza, para servir á algun amo, para ganar por aquel modo algo mas que dar á su padre Santiago.” En el libro de memorias antiguas del convento de San Francisco de esta capital, dice el mismo Torquemada, haber visto las limosnas hechas por varias indias, en que habia partidas de siete mil pesos de una sola, de seis, de cuatro, y „casi en número no acaba-

ble," las de mil, quinientos y mas ó menos ceros que estos." Juan Nieto, que fué obligado ó contratista de las carnes de esta capital, estuvo dando de limosna, durante treinta ó treinta y cinco años, toda la carne que se necesitaba para el convento grande, en tiempo en que, como se ha dicho, habia en él de 80 á 100 frailes: tuvo despues grandes contratiempos, pues en solo una vez perdió ochenta mil cueros de res que mandaba á vender á España, y acabó por tener que vivir en San Francisco, recibiendo para su sustento una racion de las muchas que habia dado. En el año de 1562 se ofrecieron por los indios, el dia de la conmemoracion de los difuntos en la iglesia de San José, mas de cien mil tortas de pan, tres á cuatro mil velas de cera, veinticinco arrobas de vino, gran número de gallinas, y tal cantidad de huevos y fruta, que con haber dado mucho á los pobres y á todos los que lo pidieron, apenas se pudo guardar lo que quedó en la refitería del convento. En tiempo de Torquemada estas limosnas habian disminuido mucho, pero continuaron haciéndose fundaciones piadosas en tanto número, que el ayuntamiento de Méjico creyó deber representar en 1644 al rey Felipe IV para que se pusiese algun coto en ellas, y evitar que todos los bienes raices del pais viniesen á ser propiedad eclesiástica.

A los franciscanos siguieron los dominicos, habiendo llegado dos años despues que aquellos: su entrada en Méjico fué el 23 de Junio de 1526. Eran tambien doce como los franciscanos, número que todas las

órdenes religiosas elegian para empezar sus trabajos apostólicos, á semejanza del de los apóstoles: hospedáronse en San Francisco, hasta que tuvieron convento propio, que se fabricó en donde despues estuvo la Inquisicion, aunque poco tiempo despues se trasladó al sitio que hoy ocupa. La construccion hubo de comenzar por septiembre de 1526, pues la primera vez que se hace mencion de la *calle de Santo Domingo* en las actas del ayuntamiento es en el cabildo celebrado en 17 de aquel mes, y la obra se iba siguiendo en Febrero de 1527, diciéndose en el cabildo del 22 que el solar que se dió á Pedro de Meneses estaba „hácia el monasterio que se hace de Santo Domingo." A poco tiempo de su llegada murieron cinco de los religiosos, y el prelado Fr. Tomas Ortiz con otros tres se volvió á España, no habiendo quedado mas que Fr. Domingo de Betanzos, que con otros dos fué el fundador de esta orden en Nueva-España. Los Agustinos vinieron en 1533 y entre estas tres religiones se distribuyeron el pais para la predicacion y enseñanza religiosa, trabajando todos con igual celo y empeño: los Agustinos, por haber venido hombres de mas ilustracion, contribuyeron mucho á los progresos de la Universidad cuando se hizo la fundacion de ella. Las primeras monjas que pasaron á la Nueva-España fueron tres naturales de Salamanca en Castilla conducidas por el padre Fr. Antonio de la Cruz, franciscano, en Enero de 1530: la superiora se llamaba Sor Helena de Medrano, la cual tomó el hábito en el convento de Santa Isabel de su patria.